



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10887

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 21 DE ABRIL DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casmarin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LORRE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de hierro, acero y fierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

SERENIDAD

Seguramente vamos á la guerra. Tal vez cuando nuestros lectores pasen la vista por estas líneas esté sobre el tapete de la política internacional el ultimatum de Mac-Kinley y hayan quedado rotas las relaciones entre nuestra nación y los Estados Unidos.

El plan de nuestros adversarios comenzará su desarrollo, que á juzgar por lo que dice la prensa yankee, será simultáneo sobre Cuba, Filipinas y Puerto Rico, y para el caso de que así ocurra, es necesario permanecer muy serenos para no dejarnos sorprender ni impresionar por ese espectáculo de teatro que nuestros enemigos van á poner en escena.

Sobre este punto ha escrito «El Imparcial» un muy bien escrito y meditado artículo, que tiene por objeto esterilizar el plan aparatoso que se proponen los yankees.

Sin duda alguna, la escuadra que tienen los americanos en Hong-Kong tiene por objetivo la capital de Filipinas, sobre la cual avan-

zará después de la declaración de guerra. Lo mismo ocurrirá con la situada en Cayo Hueso, que avanzará sobre la Habana, para hacer acto de presencia y demostración hostil; pero ni en uno ni en otro punto han de intentar un desembarco en Manila porque le sería imposible, teniendo tan lejos la base de operaciones y en la Habana porque sabemos todos que es el punto menos abordable de la isla. Sin embargo, como ante ambas poblaciones dispararan las dos escuadras muchos cañonazos, para hacer ruido, será esto lo suficiente para que la prensa de la Unión Americana, que explota sin conciencia la mentira, lance á los aires estruendoso grito de victoria, haciendo pasar por oro puro lo que no podrá sostener competencia ni con el dublé.

Que lo harán así no cabe duda. Quién nos ha contado la patraña de que en algunos días se habían construido centenares de cañones y fortificado y artillado las costas; y nos ha dicho tantas ridículas mentiras como ilustran las columnas del «Herald» y del «World» y ha hablado de subastas de cañones como si estos aparatos de guerra fueran caminos vecinales ó alcantarillas, que cualquiera las construye, ¿qué no inventaran en su provecho?

Hay que vivir prevenidos y desconfiar de la información americana. Los yankees no se han acreditado de decentes, ni de verídicos cuando interesaban menos que ahora en los asuntos cubanos; y el hecho de haber estado explotando la mentira, nos da la norma del afán con que la explotaran ahora que lo interesan todo.

Mentir á gran distancia engendra dudas y produce un efecto moral deplorable. Eso lo saben los yankees, pero de nada les servirá si nos conservamos se-

renos y ponemos en cuarentena las noticias que nos cuenten.

CONSUMATUM EST

Poniendo el irri á la infame labor que viene haciendo para despojarnos de Cuba, el hipócrita Mac-Kinley ha consumado su innoble obra dirigiendo al gobierno un ultimatum para que evacue la gran Antilla en el término de tres días.

El gobierno ha acordado no contestar intimación tan grosera y jactanciosa que á estas horas ha encendido en indignación todos los pechos españoles.

Esperábamos la noticia y, sin embargo, nos impresionó de tal modo atropello tan brutal, que la excitación nerviosa nos impide coordinar nuestras ideas.

La indignación nos ahoga y sube del corazón á los labios para maldecir al que en aras de sentimientos de una humanidad que desconoce, enciende la guerra entre dos pueblos.

Ante ese atropello inaudito, que no tiene precedentes en la historia de los pueblos civilizados, responde el grito de nuestra conciencia herida.

¡Viva España con honra!

TIJERETAZOS

Dicen de Washington:

«El comandante que fué del «Maine», Sigsbee ha tomado el mando del trasatlántico «San Luis» que va á Filadelfia para ser transformado en crucero.

Esta transformación se llevará á cabo en diez días.»

Ya sabemos cuanto durará ese buque.

Diez días para transformarlo y veinticuatro horas que necesita Sigsbee para perderlo.

Total, once días.

¡Pero qué serios y qué decentes son los marinos del Norte-América.

Lean ustedes y verán á donde rayan:

«Los marinos norte-americanos del barco de guerra «Texas», han colocado en sus cámaras, como alfombra, pedazos de percalina amarilla y encarnada.»

Sabíamos que el tío Sam era grosero; pero no sabíamos que era imbécil. Si después resulta cobarde y vuelve la espalda, habrá que darle de punta-piés en la parte que nos presente por delante.

Dice la resolución del Senado de Washington que lo que pasa en Cuba ha herido el sentido moral de la nación americana.

Por pudor siquiera no debían los yankees hablar en ese sentido.

¡Ellos que confiaron la destrucción de los pieles rojas á los perros de presa!

Aquella si que era crueldad y... cobardía.

Ya ha sacudido Morgán las orejas y ha movido las patas.

Y ha gruñido pidiendo la guerra con España.

¡Guarro! ¡Guarro!

El capellán del Senado de Washington que pide el favor del cielo cuando se abren las sesiones se llama Matón.

Y el primer orador que en la última sesión de aquella Cámara se desató contra España apellidase Culón.

Un matón ejerciendo de capellán y un culón motudo á valiente son cosas que se ven solo en América.

El cónsul Lee ha sido nombrado generalísimo del ejército invasor de Cuba.

Nos alegraremos que se lo lea de corrido el primer español que se lo encuentre á mano.

GLORIAS NACIONALES

Derrota de Boabdil en las cercanías de Lucena.

22 de Abril de 1483.

Animado Boabdil «el Chico» por la victoria que el 20 de Marzo de 1483 obtuvieron las armas musulmicas en los campos de Ajarquia, reunió un ejército de 15000 hombres entre infantes y jinetes para marchar á tierras cristianas en busca de nuevos triunfos y de preponderancia para su religión y reino.

En Loja se le unió Aliatur, su suegro

y una de las mejores lanzas de aquella época, con lo más granado de su caballería, marchando entonces juntos por los campos de Montilla, Cabra y Aguilar, que arrasaron, recogiendo al par ricos botines, y sin casi detenerse tomaron el camino de Lucena, villa de que pensaban apoderarse.

El gobernador de ella, D. Diego Fernández de Córdoba, conocido por el «Alcaide de los Donceles», aprestose á la defensa de la plaza, logrando rechazar briosamente las acometidas de los moros.

Creyendo Boabdil quebrantado el espíritu de los cristianos, tanto por la presencia de tan numerosa y lucida hueste enemiga como por los ataques realizados, envió al caudillo de los abencerrajes Ahmed como parlamento, para que intimara la rendición.

—En nombre de mi rey y señor, bendito de Alá—dijo Ahmed cuando se vió en presencia de los cristianos,—vengo á decirlos que, si no entregais la villa inmediatamente, será tomada por asalto y entrada á degüello.

Fernando de Argote, uno de los jefes más prestigiosos de la caballería cristiana y uno de los que escucharon las arrogantes amenazas del musulmán, en nombre del «Alcaide de los Donceles», dijo al orgulloso Ahmed:

—Decid á vuestro rey que con ayuda de Dios le haremos levantar el cerco de Lucena, y sabremos cortar la cabeza y ponerla por trofeo de nuestros adarves.

Apenas el moro se retiró á su campamento con la contestación de los cristianos, un ensordecedor ruido de cajas y clarines hendió los aires, llenando de confusión y pánico el campo musulmán: era el conde de Cabra que, avisado por su sobrino el gobernador de Lucena de lo que ocurría, llegaba en auxilio de los sitiados con buen golpe de gente.

Al ver la infantería mora aquel refuerzo que les venía á los sitiados echando á rodar su tradicional bravura se acobardó, y sin empeñar combate se fué retirando todo lo más rápidamente que pudo; pero los valientes abencerrajes, al par que apostrofaban á los infantes arremetieron con coraje y fiereza á las tropas de Lucena y sus auxiliares que se dirigían contra ellos, trabándose con tal motivo una lucha sangrienta y muy enérgica, la cual terminó victoriosa.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 732

CARLOS II EL HECHIZADO

733

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 736

la muerte á una de vuestras quejas; quiero más una maldición de vuestros labios, que una sospecha infundada.

La joven no pudo resistir oyendo aquel lenguaje que para ella era el más imprudente insulto de aquel hombre querido.

Inclinó la cabeza para dar salida á un torrente de lágrimas y á numerosos gemidos ahogados por el dolor.

Ernesto quedó inmóvil y asombrado, no sabiendo explicarse aquella circunstancia extraordinaria.

—¿Qué es lo que tenéis? gritó cayendo á sus pies, estrechando aquellas manos idolatradas y dejándose arrastrar por el frenesí de su pasión.

Ana lo repelió dulcemente.

—Dejadme, ingrato, contestó; me habeis hecho infeliz por toda mi existencia, y quereis acabar de cebaros en vuestra víctima. Sed generoso siquiera. Yo creí que había en vuestro corazón un destello de la sangre de vuestra familia, un raso de la leche que habeis mamado; pero bajo esa apariencia de virtud; bajo ese lenguaje engañoso, sabeis ocultar un corazón hipócrita, un alma miserable. Dejad á esta desventurada, sumida en su abyección. Pero tener presente que al insecto que se pisa, levanta la cabeza para herir. ¡Ah! yo creía que tendríais memo-

ria, pero veo que fingís admirablemente un olvido, para no reparar vuestra culpa.

La sorpresa de Ernesto llegó á su colmo al oír estas expresiones:

Oía, pero se hallaba en tal estado de pasmo y de asombro, que no acertaba á sondear tan misterioso lenguaje. Sin embargo, un estremecimiento nervioso una palidez horrible, un sudor glacial, inundaron su cuerpo, como si presintiese el tenebroso fondo de aquellas palabras.

—Ana, Ana, exclamó; ó yo estoy loco ó la razón nos ha abandonado á los dos. Acabais de ocultar la luz de mis ojos, para sumirme en una oscuridad inmensa, infinita, incomprensible. Vuestro modo de hablar me revela que os ha pasado una cosa extraordinaria, que en vano quiero buscar en mi imaginación, en mis recuerdos, en toda mi existencia. Vos me acusáis, vos me ofendeis, vos me insultáis. ¿De que, señora? ¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi delito?

—¿Me obligáis á confesarlo sin que os muevan á piedad mis lágrimas.

—Es preciso. Presiento un arcano espantoso. Dios es testigo de mi comportación y debo sincerarme.

Ana lo miró fijamente como la mujer que va per-

allí, sola, indefensa, sin fuerzas para resistir, sin voz para gritar, sin vista para ver. Sin duda el demonio de la impureza inflamó vuestra sangre; borró en vuestro pecho todas las ideas de generosidad, del deber y de la nobleza, cuando... Ernesto... no me obliguéis á que sea más explícita. El Ángel que vela por la inocencia me ha revelado estos arcanos... ya sabeis que cuando desperté me hallaba en vuestros brazos.

Es inconcebible el violento y doloroso grito que exhaló Monte-Azul al escuchar aquellas últimas palabras.

El amor, el furor, ciertos celos insensatos, que se hincaron en su pecho como los dientes de un perro rabioso; el delirio que se había apoderado de él al verse acusado de una acción que no había cometido el saber que Ana estaba deshonrada de un modo infame, todo esto arrancaba de su seno aquella especie de bramido feroz, que penetró hasta el más recóndito sitio del corazón de Ana.

Ernesto quiso hablar y le faltó la voz; quedó aterrado, no por su conciencia, sino por la magnitud del hecho.

Ana interpretó aquel silencio de distinto modo, y prosiguió.